

## LA TUMBA

*Juan Introini*

Las manos eran grandes, excesivamente grandes en relación al cuerpo del hombre y se duplicaban inmóviles sobre la superficie del escritorio. Estaban salpicadas aquí y allá de cicatrices, pequeños costurones y huellas de algún rasguño reciente. Los dedos eran largos, poderosos. Delataban una tensión animal en acecho. Las uñas, que brillaban cuidadosamente recortadas, nacaradas con esmero, eran nueve: se destacaba la falange ausente del meñique de la mano izquierda. Erguida entre el pulgar y el índice de la mano derecha, una pequeña lima apuntaba hacia el techo.

Las manos descansaban sobre la superficie aséptica de un escritorio de cármica con patas metálicas. Estaban acompañadas por una breve columna de expedientes apilados, un block para anotaciones, una lámpara encendida y dos vasos alargados: uno contenía lápices y bolígrafos, del otro asomaba una solitaria rosa encarnada, único detalle fresco y vívido en esa oficina lóbrega.

La mano izquierda se sacudió apenas el letargo y con un gesto lacónico le indicó la estrecha silla que enfrentaba el escritorio. Oliveira contempló los bultos de los enormes archivos que llegaban hasta el techo y parecían ocupar toda la habitación. Después, sus ojos soñadores volvieron al cono de luz en que yacían las manos, otra vez inmóviles, y ascendieron hacia la cara del hombre procurando, sin lograrlo, no dejarse atrapar por el ojo de vidrio.

—Osorio— dijo el hombre con voz levemente aflautada, mientras sus labios esbozaron una sonrisa mecánica, dejando asomar una doble hilera de dientes blanquísimos, chillonamente postizos. —Pero llámeme Tumba o La Tumba, como prefiera —agregó—; aquí todos me llaman así.

Oliveira recorrió la cara pálida, casi delicada, el mentón voluntarioso, los largos cabellos renegridos que atravesaban la calva, las orejas pequeñas y el duro ojo acerado que lo escrutaba inquisidor. El otro, el de vidrio, parecía ajeno, parecía contemplar algo más allá, una otra dimensión que a Oliveira se le escapaba.

—Sé por qué viene a verme —habló de nuevo el hombre—. Todos vienen por lo mismo. Necesitan información especial sobre el Cementerio y recurren a mí. Hacen bien. Esos muebles —y señaló hacia los voluminosos archivos— son como los libros de Historia: mienten, tergiversan

o sólo cuentan lo que todo el mundo sabe, banalidades diríamos— y una mano acompañó con un gesto despectivo—. ¿Usted qué quiere saber exactamente?

Oliveira logró por fin reunir las palabras: de un modo confuso le explicó que era periodista, que se había enganchado en una revista de reciente aparición y que le habían encargado, entre otras, una nota sobre el Cementerio Central: panteones famosos, difuntos ilustres, leyendas y todo lo demás —en realidad, por pudor juvenil, no quiso confesar que nunca había hecho una nota y que estaba a prueba en la revista.

El boliche alargaba un mostrador y unas pocas mesas desparramadas contra las ventanas.

—Se está mejor aquí que en la oficina —comentó La Tumba mientras aflojaba el nudo de su delgada corbata y se desabrochaba el primer botón de la camisa—. Por otra parte, no conviene que nos vean juntos en un lugar demasiado público —añadió.

Ordenó dos cañas y se quedó mirando fijamente a Oliveira. El duro ojo inquisidor volvió a recorrer el sedoso pelo castaño, los grandes ojos color miel, la nariz recta de trazo fino, los generosos labios sensuales y el mentón débil, casi una decepción en ese rostro de rasgos viriles y armoniosos. Luego pareció aprobar las ropas pulcramente modestas que dejaban adivinar una fuerte musculatura y se detuvo en las manos de largos dedos sensibles, sin anillos y con las uñas limpias y bien cortadas.

—Mire Oliveira —dijo después de apurar medio vaso, apuntándole con el dedo—, a mí no me gusta perder el tiempo en rodeos. Le diré un par de cosas que tal vez lo ofendan pero que sin duda dejarán todo claro entre nosotros, muy claro —subrayó—. En primer lugar, para tener pretensiones de periodista, me parece que usted se expresa de manera por demás confusa. Tendrá que aprender a ordenar las palabras si aspira a ser algo más que uno de esos mequetrefes que repiten incoherentes toda esa basura precocida, mal digerida y peor vomitada que les llega al basurero que llaman cerebro. Espero demostrarle que el orden es esencial en todo —concluyó terminante y se bebió el resto de la caña.

—En segundo lugar —continuó—, usted debe decidir ahora mismo si lo que quiere es esa información adocenada sobre fechas, tumbas ilustres, próceres y demás bazofias por el estilo que entrego a sus colegas a cambio de dinero, o si aspira a saber más, a conocer lo que realmente importa. Es decir, se trata de determinar si usted es uno de esos que prefiere deslizarse cómodamente como un gusano sobre la superficie insípida, incolora e inocua de las cosas o si elige quebrar la costra, perforar la corteza y asomarse al magma siempre hirviente y en perpetua

ebullición desde donde surgen las amenazas fuentes de la vida, desde donde succionan los enigmas de la muerte, desde donde los ancestros claman por lo suyo entre el crujir de dientes –el ojo llameante estaba fijo en la boca débil de Oliveira, mientras el de vidrio huía por la ventana. Abruptamente, el hombre se calló, tomó aliento y pareció apaciguarse. Bebió un buen trago del vaso intocado de Oliveira, se enjuagó los labios y dijo:

–Disculpe, ya habrá notado que soy un apasionado y a veces me dejo arrastrar por estos raptos de lirismo. Lo que trataba de decirle es que puedo ofrecerle material para una nota que lo hará destacarse enseguida, que le abrirá las puertas de los medios mayores y seguramente lo catapultará a Buenos Aires. Usted es joven. Todavía no está carcomido por los gusanos de la mediocridad, la indiferencia, la rutina y la estupidez en que se pudre la gran mayoría de los que vienen a consultarme. A esos les tiro lo que quieren: huesos pelados, restos de carne fofa, achuras bien picadas, porque es lo que desean, es por lo que pagan satisfechos, es lo que se llevan a su rincón para rumiar a gusto. Pero usted no, usted es otra cosa. Todavía está a tiempo de salvarse. Si acepta, le impondré dos condiciones: no contar nada de esto absolutamente a nadie, y cuando digo a nadie es a nadie: ni a su familia, ni a un amigo que es como un hermano, ni a una hembrita de esas que todo repiten. A nadie, ¿me entiende?

Por la mente de Oliveira desfilaron las imágenes de su familia en el interior, de un par de buenos amigos y la de un compañero de estudios con la que aspiraba a ennoviarse. Pensó que no le sería difícil mantener la promesa.

–Luego –continuó el hombre– es esencial que usted venga a mi casa, porque allí es donde tengo los verdaderos archivos, y usted deberá jurar no revelar esto tampoco a nadie. Por último –concluyó–, no piense que dejaré de cobrarle por más simpatía que me inspire. Pero ya me pagará, no se preocupe por eso –y abrió la mano incompleta de falanges en un gesto tranquilizador, mientras sobre su boca se dibujaba la mueca de dientes postizos, entre los que refulgía nítida una incrustación en oro.

El ómnibus lo dejó en una esquina, entre terrenos baldíos, detrás del Cementerio del Norte. El guarda miró con extrañeza y un poco de sorna a Oliveira mientras bajaba. La Tumba lo estaba esperando bajo un techo de chapas, tal como habían convenido. Lo saludó seco pero parecía animado y hasta contento. Con un gesto le indicó la dirección y empezó a andar. El calor apretaba. Unos metros más allá del camino empezó a desplegarse una alta tapia blanqueada a cal acribillada de graffitis.

Mientras miraba a su alrededor, Oliveira leyó algunos de soslayo, puramente al azar. Entre previsibles obscenidades y declaraciones de amor, le intrigaron dos: “La Tumba asesino” y, poco más adelante, “La Tumba troló”; un tercero que empezaba con “La Tumb” se interrumpía abruptamente en la letra “b”, como si el graffitero se hubiese quedado sin pintura. Terminada la tapia, doblaron por un descampado en el que se achataban algunos ranchos de latas, maderas y cartones.

Una figura en bicicleta vino hacia ellos por el camino de tierra. Oliveira distinguió a un muchacho alto, de poderosa musculatura y largo pelo rubio llovido en mechones enredados. Cuando pasó junto a ellos, observó el labio partido, los fríos ojos claros, la mirada huidiza, y creyó adivinar una señal, una luz de entendimiento que esa mirada dirigía a su compañero. La Tumba siguió caminando en silencio, sin hacer ningún comentario. Unos metros más allá, el olor nauseabundo de la carroña de un perro que se pudría en la zanja entre una nube de moscas obligó a Oliveira a taparse la nariz y a dar vuelta la cara. Entonces percibió que los seguían. A una veintena de metros, divisó a dos hombres jóvenes que marchaban a buen paso detrás de ellos.

—No se preocupe —dijo de pronto La Tumba, como adivinando su inquietud—. Mientras esté conmigo no le pasará nada. Por aquí todos me conocen.

Un nuevo recodo entre árboles achaparrados los enfrentó a una casa de fachada inmaculadamente blanca.

—Aquí es —dijo La Tumba, y lo invitó a trasponer la pequeña verja de entrada.

La habitación era amplia, cuadrada y parecía ocupar casi por entero el reducido perímetro de la casa. Oliveira fue invitado a sentarse en una silla de alto respaldo junto a una mesa de pino lustrado. La Tumba hizo a un lado una cortina pardusca y se introdujo en un oscuro pasillo posterior. Oliveira encendió un cigarrillo. El grueso block de notas y el pequeño grabador abultaban en los bolsillos de su saco. Los extrajo con fastidio y los colocó sobre la mesa. Luego, procurando relajarse, se puso de pie y empezó a curiosear por la habitación.

La pared del frente, donde se encontraba la puerta por la que habían entrado, se abría en dos grandes ventanales, a cuyo pie se recostaba un sofá. A lo largo de la pared izquierda se elevaba una especie de modular en madera rústica, compuesto de numerosos estantes, pequeños compartimentos y una base de amplias puertas cerradas con llave. Junto a la pared derecha se veía un antiguo mueble tocadiscos con sólidas patas de madera y, a su lado, un enorme jarrón opalino de cuya boca emergían rosas de diferentes tonalidades.

Oliveira se acercó al modular. Lo primero que llamó su atención fue la cantidad de discos de pasta cuidadosamente apilados en montones yuxtapuestos. Por mera curiosidad examinó unos cuantos al azar. Todos eran versiones de tangos o de canto gregoriano. También descubrió libros; lo intrigaron las dos pulcras secciones –pequeñas pero selectas– en que aparentaban dividirse: de un lado, se alineaban volúmenes de matemáticas, álgebra y geometría; del otro, tratados de magia y ocultismo. Además, había numerosos objetos. La mayoría eran tallas en hueso: algunas se retorcían en fantásticos diseños, como criaturas a medio plasmar; otras se limitaban a figuras más convencionales, aunque siempre había un detalle –un cáliz que se abría en forma de garra, un perro de tres cabezas, numerosos candelabros alados– que revelaban una cierta imaginación perversa aleteando por detrás.

La superficie de la cuarta pared, sólo interrumpida en un extremo por la estrecha abertura que conducía al pasillo, estaba recubierta enteramente por los trazos de lo que parecía ser un gran plano. Oliveira observó las rigurosas líneas negras que se entrecruzaban perpendiculares o derivaban en sesgos proyectados hacia un gran círculo central. Las casillas encerradas entre las líneas estaban señaladas mediante una letra y un número de caligrafía cuidadosa.

–¿Adivina qué es? –lo interrumpió La Tumba desde la estrecha puerta, con un dejo de agresividad aflautada.

Oliveira balbució que le parecía un plano y enseguida leyó la sorna en la cara del otro y sintió que el calor le invadía las mejillas. Quiso agregar algo más pero ya el hombre le estaba explicando que esa urdimbre de líneas que desdibujaba la pared era una reproducción a escala, exacta –subrayó–, del Cementerio Central, hasta en sus memores detalles, y con un largo puntero lo fue guiando por las ilusorias avenidas. Pronto pareció cansarse de aquel juego y, dejando el puntero sobre la mesa, el ojo de vidrio contempló de soslayo a Oliveira por largos segundos; después lo invitó tajante: –¡Venga, sígame!

El corredor penumbroso los condujo en menos de una docena de pasos ante una puerta de hierro con un ventanáculo cuidadosamente sellado. La Tumba la abrió de un tirón y lo invitó a pasar. Oliveira se aventuró deslumbrado por la violencia oblicua de la luz y sus ojos se asomaron a un vasto terreno que se inclinaba en leve pendiente. Una tapia calcárea lo circundaba. Caminos de tierra apisonada cubiertos por una capa de menudo balastro rojizo y entrelazados en forma de red, confluían hacia un amplio círculo central, intersecando angostos senderos. En cada hueco –en cada parcela– una sólida lápida de piedra caliza resplandecía con una letra y un número negros pintados encima. Alrededor

de cada una de las piedras el terreno desbordaba en flores multicolores protegidas del sol inclemente por amplios paraguas traslúcidos.

—Son todas rosas —aclaró La Tumba—. En verdad, es la única flor que me interesa cultivar. Creo poseer todas las variedades existentes y hasta me enorgullezco de haber creado algún híbrido temerario. Pero venga, acérquese a los rosales y huelga esta fragancia del paraíso, aunque tenga mucho cuidado con las espinas en acecho.

Cuando alcanzaron el círculo central La Tumba se detuvo y, abarcando el predio con un amplio gesto de su brazo, dijo: —Supongo que ahora sí habrá comprendido dónde estamos.

Oliveira nada dijo porque no se atrevía a dar crédito a sus sospechas.

—Sí —continuó La Tumba, en tono fruitivo—, es justamente lo que usted está pensando: una reproducción a escala precisa, exacta —volvió a subrayar—, del plano que usted vio en la pared, del Cementerio que nos ocupa y —lo más importante— de un invisible arquetipo subterráneo que ha determinado los senderos —y sonrió de soslayo dejando asomar su incrustación de oro.

Volvieron a la casa y La Tumba convidó a Oliveira con una copa de un licor oscuro, fuerte y dulzón. Le dio algunas fotocopias de documentos para que los fuera examinando, le obsequió un pequeño candelabro de hueso y lo invitó a regresar en una semana, en el momento oportuno —dijo.

Oliveira no volvió en la semana indicada ni en las siguientes. Pensó que se trataba de un chiflado con el que era mejor no involucrarse. Además, casi enseguida dejó la revista y entró a trabajar a prueba en una agencia publicitaria.

Los meses se sucedieron y Oliveira fue rodando distraído por diferentes oficios, todos fugaces, provisorios: vendedor de libros en oficinas, corredor de seguros, sereno ocasional en una firma de electrodomésticos y hasta asistente de un veterinario. Esta clase de vida lo fue dejando progresivamente solo; ya no le era posible estudiar y rara vez veía a sus pocos amigos. Dos o tres veces vio a Osorio sentado junto a la ventana de un café, pero éste pareció no reconocerlo. También leyó sobre un par de misteriosas desapariciones en las cercanías del Cementerio del Norte que la policía investigaba, y se acordó de la visita al extraño jardín. Pero la noticia pronto fue sepultada por otras que trataban de rapiñas, copamientos, violaciones y otros crímenes. Era tan fácil terminar degollado en una zanja por esas inmediaciones —pensó Oliveira.

Entre el aturdimiento y la fatiga que sus tareas le provocaban, no tenía demasiado tiempo para pensar en sí mismo. Cuando le era posible,

prefería hundirse en las butacas de algún cine-club o dejar pasar el rato frente a un vaso de caña, en algún boliche olvidado, fumando con pereza y con la mente en blanco. Un vago rumor sordo, un casi imperceptible temblor que lo trabajara desde las profundidades, una sutil angustia que a veces le hacía doler las muelas y le relampagueaba en el cerebro, comenzaron a crecer lentamente en su interior. Quizás por ese motivo, casi sin darse cuenta, una noche de octubre lo sorprendió enfilando por el largo mostrador hacia el fondo, hasta clavarse frente a la última mesa.

La Tumba lo recibió sin sorpresa, como si lo estuviese esperando, y con un gesto de la mano le indicó que se sentara. Hablaron muy poco, como si las palabras sobraran, como si todo ya estuviera dicho. Al despedirse, lo invitó a su casa y le indicó la noche oportuna.

El ómnibus lo dejó en la misma parada de la vez anterior. La Tumba lo aguardaba en la penumbra del refugio; sólo se le veían los pequeños pies enfundados en botas de goma con costras de barro adheridas que le alcanzaban la pantorrilla. Se saludaron apenas y comenzaron a andar en silencio. Oliveira reconoció el largo paredón, los basurales, los árboles achaparrados. Cuando entraron en la casa, La Tumba le sirvió una copa del licor oscuro y le preguntó si estaba preparado. Oliveira asintió con la cabeza. Esperaron todavía una hora, en penumbras, y luego La Tumba lo condujo al jardín y le indicó que aguardara unos minutos.

La noche era fresca y una suave brisa agitaba el pelo de Oliveira. La luna, que se aproximaba al plenilunio, estaba alta en el cielo y su luz pálida inundaba el jardín insinuando veleidosas sombras espectrales entre las rosas y los paraguas estremecidos por la brisa.

La Tumba, visitando una larga túnica oscura recamada en rosas, apareció por un sendero lateral cargando un espejo grande y una bolsa que se sacudía. Cuando llegaron al círculo central, le pidió a Oliveira que sostuviera el espejo, depositó la bolsa a un costado y con movimientos rápidos encendió los candelabros dispuestos en torno al círculo. Después se agachó y empezó a desplazar la gran losa blanca con todas sus fuerzas, dejando asomar parte de un hoyo que se adivinaba negro y profundo. Recién entonces la luna le iluminó de lleno el rostro, pintado de un intenso color bermellón, y cabrilleó en el fijo ojo de vidrio.

La Tumba extrajo un largo cuchillo de hoja afiladísima y mango de hueso y, sacando uno tras otro dos grandes gallos negros de la bolsa, con sendos tajos precisos les cortó el pescuezo. Enseguida dirigió la sangre hacia el pozo, que comenzó a devorársela a borbotones.

Sólo entonces pareció recordar a Oliveira. Se volvió hacia él con la cara convulsionada.

—Oriente el espejo siempre hacia la luna —lo instó con voz

asordinada— y no lo mueva, pase lo que pase.

De inmediato se arrodilló al borde del profundo agujero y comenzó a bisbisear una especie de quejosa letanía, que de tanto en tanto se empinaba en inflexiones incomprensiblemente agudas.

Unas débiles volutas de humo empezaron a emerger de las profundidades —al menos, eso le pareció a Oliveira— y entonces La Tumba se puso de pie, se enfrentó al espejo y con el rostro desencajado, en una suerte de largo quejido suplicante, aulló, más que articuló, repetidas veces: “¡Vengan, vengan! Los estoy esperando”. De pronto el interés y la furia iluminaron su ojo vivo: “Aquí estás otra vez. Vete. No es a ti a quien espero”.

(Se oye una voz honda, como un rumor que saliera de las profundidades de la tierra a través de la boca de La Tumba, que ahora tiene el ojo extraviado, la boca rígida, el rostro en trance. La voz canta con un cadencioso dolor antiguo “Calunga cangué, calunga cangué...”, se estira en “eee llumbá, eee llumbá” y otras voces le responden en eco desde las lejanas entrañas de los siglos).

“¡Vete, vete, negro maldito!”, vuelve a gritar La Tumba ahora. “Bien veo tu doble hilera de dientes blanquísimos que rebrillan burlones y se ríen de mis angustias. No es a ti a quien quiero, lo sabes bien. Quiero a tus Mayores, a los Señores del tiempo y de la sangre. Pero aquí viene otro. ¡Silencio! ¡Atención! ¿Quién eres? ¡Ah, eres tú otra vez!”

(La cara se vuelve a poner rígida y se oye otra voz en falsete que parece recitar largas parrafadas ininteligibles entre las cuales sólo se discernen, como en moldura, tres palabras repetidamente sarcásticas: “¡Gozar o morir!”).

—¡Ya veo tu vieja boca desdentada que me escupe su carcajada sarcónica, y te repito, no eres el Poeta de la patria y nunca lo serás; ni el Himno, ni tus odas serviles, ni las toneladas de versos huecos han valido para justificarte. ¡Atrás! Vuelve a tu rencor. Intenta urdir loas para los señores del Infierno y llama a los Próceres, a todos los que reverenciaste y escarneciste, es con ellos que quiero hablar, a ellos quiero interpelar, son ellos los que se agitan en los telares del tiempo y de la sangre... Pero todo es inútil, me desdeñan una vez más, ya todo se esfuma, el duro suelo se cierra, el azogue calla, mis manos vuelven a su sitio...

La Tumba se desplomó junto a la losa blanca y allí permaneció acurrucado, inmóvil, durante larguísimos minutos. Oliveira se sintió tonto sosteniendo aquel espejo, ya desenfocado, y lo apoyó en el piso.

Cuando se iba a inclinar para remover al caído, La Tumba pareció volver a la vida y, como si lo reconociera después de un largo sueño, lo invitó a entrar en la casa.



Oliveira se fue a la mañana siguiente, después de una incómoda noche en el sofá, sin despedirse de La Tumba y doblando entre sus dedos el papel donde se le indicaba que debía volver en tres días, o mejor, en tres noches. Durante el camino hacia la parada, la radiante luz del sol lo hizo vacilar acerca de la realidad de lo que había presenciado. La noche sucesiva, atravesada en un agitado duermevela, una voz insinuante y ubicua no le dio tregua: debía llegar hasta el fondo de aquel misterio; se encontraba al borde de una verdadera revelación que reducía su existencia cotidiana a un juego de sombras chinescas.

Esa noche llegó a las inmediaciones del cementerio a la hora prefijada y recorrieron el camino nuevamente en silencio. Se sentaron en la habitación delantera, en penumbras, y comenzó la espera.

Una gran luna llena surgió en el horizonte e irrumpió por los ventanales. Oliveira tomó la copa de licor oscuro que tenía delante y bebió un largo trago. Le pareció un poco más amargo que de costumbre.

De improviso, La Tumba empezó a hablar. Se refirió a la tentativa fracasada de tres noches atrás y, de un modo vago, dejó entender que lo había temido. Sin embargo, confiaba —dijo— en que Oliveira no se sentiría defraudado cuando él le había prometido experiencias que iban más allá de las palabras, del ciego y tonto sentido común. Ahora —agregó— sólo faltaba un paso para alcanzar lo deseado y lo iban a dar juntos esa noche. Sí, era el punto crucial del tiempo en que seguramente lograría acceder a los Mayores, convocados, obligados más bien, por el fluido más poderoso que existe y a cuya atracción no podrían resistirse.

Mientras La Tumba hablaba, Oliveira advirtió que lo observaba fijamente y sus propios ojos se pegaban como imantados al brillo del diente de oro que relumbraba en la boca del otro. Los sonidos se fueron apagando, se fueron volviendo agradablemente tenues, y los párpados apagando, se fueron volviendo agradablemente tenues, y los párpados parecían haber adquirido la consistencia del plomo; casi no lograba mantenerlos abiertos.

Lo último que Oliveira percibió fue el duro ojo de vidrio fijo en un punto incierto, remoto, y la afilada hoja del cuchillo con mango de hueso que relumbraba entre las grandes manos de La Tumba.